

por tí, mal hombre,
que me jurabas
amor constante,
¿qué de tu infamia
dirán? . . .

—¡Por Cristo! . . .

—Cuando palabra
de ser mi esposo
me diste . . .

—Basta,

que la paciencia
ya se me acaba.

—¿Y el pago es ese? . . .

—Con eficacia
premiarte juro,
pues fuí la causa. . .

—De mi deshonra,
de mi desgracia.

—Te amo; te adoro
con toda el alma;
pero . . . ¿qué quieres! . . .
si no me igualas; . . .
si eres . . . perdona, . . .
si eres villana,

fuerza es que accedas;
fuerza es que cauta
desde hoy renunciés,
no á ser mi dama,
sí á ser mi esposa. . .

—Si soy villana,
más que la tuya
noble es mi alma. . .

¡Qué no te igualo! . . .

¡Ah! Pues te jactas
de hidalgo, y noble,
dí, ¿no te holgáras
de ser plebeyo
con tal que un alma
tuvieras, Poncio,

tan pura y cándida
como la mia
que infiel desgarras?
Puesto que illustre
tú te proclamas,
¿son propias, dime,
de illustres almas
tanta bajeza,
perfidia tanta?
¿Por qué abusando
de mi ignorancia
me prometiste
amarme, y. . .

—¡Calla!

—¿Por qué, hombre ingrato,
pues soy villana,
no me dejaste
do alegre estaba,
si pobre, al menos
feliz y honrada.
Tú me engañaste,
¡pérfido! . . .

—Basta.

—No basta, Poncio,
que en hora aciaga
te ví, y tú solo
fuiste la causa
de mi deshonra,
de mi desgracia.
¡Y ahora me olvidas! . . .
Por tí yo, ingrata
dejé á unos padres
que me adoraban;
dejé á un hermano. . .

—Dije que basta.
Trescientas doblas
hoy te señala
de renta al año
mi amor. . .

—Tu audacia.
 —Mi amor. . .
 —Tu orgullo.
 —Mi amor. . .
 —Tu infamia.
 —¡Mi amor!. . . Con ellas
 la hermosa casa
 te doy, que tengo
 junto á Simancas,
 con otros bienes,
 si resignada
 olvidas. . .
 —¡Poncio!
 ¡Antes me mata!
 —Si no por buenas,
 será por malas.
 —¡Poncio! ¡Bien mio!
 Vesme humillada,
 vesme de hinojos
 besar tus plantas.
 De esta infelice
 por Dios te apiada.
 —O me obedeces
 sin repugnancia,
 ó te abandono
 á tu desgracia.
 —¡Ay! si la luz de los Cielos
 es siempre pura y radiante,
 ¿cómo olvidará inconstante
 la que fiel ama con zelos?
 Si la indiferencia es hiel
 para quien sin premio adora,
 ¿cómo olvidará traidora
 la que ama con zelos fiel?
 Si de tí, Poncio, su fama
 y su virtud penden ya,
 ¿cómo olvidarte podrá
 la que fiel con zelos te ama?
 —Leonor, tu sueñas.

—Poncio, me agravias.
 —Que te amo juro.
 —Si tú me amaras,
 no pretendieras. . .
 —¿Saldrás mañana?
 —¿De nuevo insistes?
 —¿Saldrás?
 —No.
 —Basta.
 Si no por buenas,
 irás por malas.—

Esto el conde de Minerva
 dijo, y del cuarto salió,
 do maldiciendo quedó
 Leonor su fortuna acerba.

III.

NUEVAS ESPERANZAS.

Es la hora de la siesta;
 sopla el céfiro halagüeño,
 y en breve á dejarnos va
 la luz que en el universo
 derrama el rey de los astros,
 á los antípodas nuestros
 el letargo á sacudir
 en que los sumerge el sueño.

Hermosísimos paisajes
 del horizonte á lo léjos
 se miran, cuyos colores
 reflejan en los diversos
 bultos, de facés distintas,
 que vaporosos, aéreos
 forman las nubes que vagan,
 á los ojos ofreciendo
 súbitas transformaciones,
 que desaparecen luego.

Muy cerca está de Simancas
una casa, cuyo dueño,
aunque ilustre y poderoso,
es inconstante en extremo.
En la ostentacion criado,
y empedernido su pecho
en las lides, si se rinde
á la hermosura, altanero
la vilipendia despues
que logra su vil deseo.

En esta casa una jóven
lamenta con desconsuelo
su preciosa libertad,
que se trocó en cautiverio.
Hermosísimos sus ojos
son, y rasgados y negros;
hermosísima su faz;
su talle garboso, enhiesto;
rojos sus labios; su boca
pequeña; blanco su pecho;
blancos sus redondos brazos,
que á torno parecen hechos. . . .
Es, en fin, de la hermosura
el trasunto más perfecto.

Damas y pajes la sirven;
y entre dueñas y escuderos
respirar consigue apenas;
que en su implacable tormento
la soledad apetece,
pero no logra su anhelo.
Que si suspira, si tose,
si habla, si se mueve, luego
ácia ella van importunos,
y la cercan, é indiscretos
la aconsejan y fastidian,
y la interrogan, finjiendo
interes, fidelidad,
puro y acendrado afecto:—
“¿Nos llamábais? . . . ¿Qué ordenais? . . .

¡Siempre triste! . . . Dad al viento
vuestras cuitas, que olvidarlas
es el único remedio.”—

Como si aliviar pudieran
tan importunos consejos
los martirios que padece
la que idolatra con zelos.
Y así, prisionera, triste,
no sale, que todo, menos
salir, el que allí la tiene
la permite: y majaderos
la celan, á su albedrio
audaces poniendo freno.

Asomada está al balcon,
fijos en el Firmamento
los bellos ojos, que á alguno
parecerian luceros:
suspira, y de cuando en cuando
se asoma el llanto por ellos.

A la sazón los criados
ausentes del aposento
donde víctima es la hermosa
del amor y de los zelos,
platican en la cocina,
de endriagos y de espectros
necias consejas narrando,
que de memoria aprendieron,
cuando eran aún muchachos,
de los fanáticos viejos.—

“¡Oh amor tirano!”—la bella
esclama—“¿Por qué severo
te muestras con quien por tí
su honor y su dicha á un tiempo
sacrificó, delirante
tus engaños bendiciendo?
¿Sordo é insensible siempre,
oh amor, te veré á mis ruegos?
¡Ay! ten piedad de tu víctima;
y á mi súplica benévolo,

vuélveme la paz del alma,
con mi perdido contento". . .—

Lánguida la vista tiende
por el campo, y cada objeto
cada flor, cada avecilla
que ve volar, mil recuerdos
alégres de su niñez
le vienen al pensamiento.
Se acuerda de aquellos días
venturosos y serenos
en que al lado de sus padres
disfrutó, tranquilo el pecho,
y sin conocer del mundo
los engaños y tormentos,
mil dichas, que ya volaron
con sus infantiles juegos.

Tan importunas memorias
sus cuitas van acreciendo;
mas á distraerla viene,
en un corcel caballero,
un hombre, que á la lijera
está vestido, aunque apuesto.
Dos hermosísimas plumas
adorno dan al sombrero;
y negras sus armas son,
como su vestido es negro.
Ser gran jinete demuestra,
que es en rejir asaz diestro
el caballo, que brioso
viene corvetas haciendo.

En frente está del baleon;
y en él á la hermosa viendo,
como del rayo tocado
se le comprime el aliento,
y casi maquinalmente
al bridon tira del freno.
Mira á la hermosa; se turba:
va á hablarla; y al mismo tiempo
le interrumpe ella esclamando:—

“¡Santo Dios! ¡qué es lo que veo! . . .

“¡Mauricio! . . .

—¡Es verdad? ¡Leonor! . . .

¡Eres Leonor!

—Sí.

—¡Te encuentro
por fin! . . . Mas ¡cómo! . . .

—¡Y mis padres! . . .

¡Callas?

—¡Mis padres han muerto!—

Y con ella en tierra da
un parasismo violento!

Corre ácia la puerta al punto
el doncel; y un escudero
quiere impedirle la entrada;
pero ¡quién será tan necio
que se le páre delante
al ver su iracundo ceño?
Libre el paso ya le deja
el opositor, que es viejo
y endeble para estorbar
de tal garzon el intento.

A los gritos, damas, pajes,
y los otros escuderos
acuden; mas él osado
sigue sin curarse de ellos.
—“¡Adónde vais?”—Le preguntan.—
“Atras. . . Sabed que tenemos
orden de no permitir
la entrada á ninguno.

—Presto

Llebadme al cuarto do está
Leonor.”—Dice.

—“No podemos.”—

Responden.

—“¡Cómo! Llebadme
á su alcoba, ó vive el Cielo
que ni uno deje con vida.”—
Grita, la espada esgrimiendo.

Y ellos, que cobardes son,
unos porque ya son viejos,
y otros porque aun son rapaces,
temblando todos de miedo,
sin más replicar, le guian
de Leonor al aposento.

Entran; y ya del desmayo
habia la hermosa vuelto;
y al ver á Mauricio, corre
ácia él, los brazos abiertos,
y se abrazan, y abismados
quedan los dos un momento.
—“¡Leonor! ¡Leonor!”—Él esclama.
—“¡Mauricio! ¡por fin te vuelvo
á ver!”—Le dice la bella,
y lloran, y quizá el duelo
mitigar logran llorando,
si no lloran de contento.

—“Retiraos al instante.”—
Grita, con adusto ceño
á los sirvientes mirando.—
“Retiraos, que en secreto,
pues me interesa, á esta dama
ahora mismo hablar deseo.”
—“No es posible.”—Le replican.
“No es posible, caballero,
que nosotros. . .

—“¡Voto al diablo! . . .
¡No os vais!—Grita, y escuderos,
damas y pajes se van,
temblando todos de miedo,
unos porque aun son rapaces,
y otros porque ya son viejos.

La puerta cierra tras sí
Mauricio, y dice á Leonor:
—Mírame ya junto á tí.
—¡Hermano!

—¡Hermana!

—¡Ay de mí!

—¡Cuánto ha sido mi dolor!

A cumplirse un año va
que por muerta te lloré,
y maldije, y blasfemé. . .
Pero contento estoy ya,
hermana, pues te encontré.

Cuando mis padres murieron. . .

—¡Ay!

—¡Cuánto por tí sufrieron!

—¡Sin perdonarme? ¡Buen Dios! . . .

—No, hermana mia. Los dos
al morir te bendijeron.

—¡Infeliz!

—Desesperado

á Navarra me partí;
y en la guerra ejercitado
desde entonces, adquirí
renombre de gran soldado.

Noble soy ya, y caballero,
que el monarca, justiciero
premio ha dado á mis servicios,
y entre muchos beneficios
ciñóme él mismo este acero.

¡No te alegras? Tanto honor
adquirí por mi valor.

—¡Honor!

—¡Hermana!

—¡Cuitada!

—¡Estás, Leonor, deshonrada?

—¡Cielos! . . .

—Habla sin temor.

¡Por qué tan ingrata fuiste
que de tus lares huiste?

¡Quién á escaparte te indujo?

—Un hombre que me sedujo,
y despues. . .

—¡Y ese hombre existe?

—Sí; mas me tiene en olvido,
y á otra mujer unido

acaso ya... ¡Suerte acerba!

—¿Quién?

—El conde de Minerva,
don Poncio.

—¿Qué es lo que he oído!

¡Oh!... Ya estoy de más aquí...

Voy. O me mata el villano,
ó te vengaré.

—¡Ay de mí!

Atiende... ¡Mauricio! ¡Hermano!...
¡Cuán desdichada nací!

IV.

VENGANZA Y DESPECHO.

Pensativo el conde está,
que ya le dieron aviso
de la escena que pasó
entre Leonor y Mauricio.
No porque tema que en suma,
aunque inconstante, es invicto,
y jamás contrario alguno
en esfuerzo le ha escedido.

Pero recela que el rey
informado del desvío
con que á Leonor trata ahora,
después de haberla ofendido,
amancillando su honor,
vengarla en el punto mismo
pretenda; y esto le tiene
sobremanera indeciso,
pues sospecha que del rey
justicia implora Mauricio.

Mientras que así piensa el conde,
retirado del bullicio
que en el salón de su casa
metiendo están sus amigos,
unos jugando á los dados,
otros bebiendo sin tino;...

entra en el cuarto do está
de pronto un paje; y sumiso
le dice:—

—Afuera un soldado
espera le deis permiso
de entrar, que hablaros pretende.
—¡Un soldado!... No adivino...
Entre.—Ordena: sale el paje,
y al instante entra Mauricio.

—Conde.—Dice.

—¿Qué teneis
que hablarme?—Pregunta altivo.
—¿Qué me quereis? Por Santiago
despachad, que estais remiso.—
Y mirándole el soldado
con vista torva, de hito
en hito, así le responde,
cuanto intrépido, conciso.

—Poco que deciros tengo.
Burlado á mi hermana habeis,
y, ó vuestra esposa la haceis,
ó me matais, ó me vengo.

—Lo segundo es lo mejor,
que estais por demas soez.
—Razon me sobra pardiez,
pues mancillásteis mi honor.

Conde, ú os casais con mi hermana,
ó me matais ó aquí os mato.

—Vuestra demanda es ya vana,
pues de casarme no trato.

—¿Qué decís?

—Que bien notorio
mi casamiento ya es.

—¿Casado estais?

—Habrá un mes,
con doña Isabel de Osorio.

—Conde, reñid.

—Aquí no,
ni afuera, que sois villano.

—¡Mentís!

—¡Insolente!

—Yo

soy caballero.

—Es en vano. . .

—Mauricio Ordoñez de Lara
me llamo.

—¡Vos?

—Sí.

—Os oí

celebrar. ¡Quién lo pensara!

¡Su hermano sois?

—Conde, sí.

Reñid.

—¡Y si me engañais!

—¡Yo! ¡Cobarde!

—¡Ah!

—Y malvado. . .

¡Reñiréis?

—Que me sigais

os digo, que estais pesado.—

Afuera ya de Leon

el conde y Mauricio están,

y uno tras otro caminan

paso á paso y sin hablar.

Llegan á un sitio estraviado,

do se detienen.

—Allá.—

Dice el conde.—En aquel bosque

reñir podremos.

—Bien.

—Mas

preciso es que dude. . .

—Conde,

¡de mi palabra dudais?

—Si fuérais plebeyo.

—Soy

noble como vos. Mirad,

mirad este pergamino,

por el que su alteza real
el monarca de Navarra
noble me ha hecho á la par
que vos lo sois y otros muchos.

—Partamos, no dudo ya.—

A gran andar por el bosque
se internan.

—“Aquí: parad.”—

Grita el conde.—No perdamos
el tiempo. Desenvainad.—

Y las espadas se cruzan;

se acosan con ansiedad;

tiran, se cubren, se hieren,

ambos con destreza igual:

ni retroceden, ni avanzan,

ni de duda indicios dan;

ni desmayan, que el deseo

de la venganza fatal

aumenta su intrepidez:

valientes son á cual más,

que ambos españoles son. . .

Y por algun tiempo está

incierto el triunfo. . . Por fin

vence el de Lara; y al dar

el conde el postrer suspiro:—

“¡Vengado mi honor he ya!”—

Mauricio esclama, y se ausenta
sin volver la cara atras.

Triste en su aposento y sola

Leonor suspirando está,

ya en el de Ordoñez pensando,

ya en su amante desleal,

cuando entra Lara y esclama

así, con alegre faz:—

—¡Ya estás vengada, Leonor!

Con otra estaba casado

tu pérfido seductor.

Mas, Leonor, ¡ya te he vengado! . . .

—¡Ay Cielo! . . . ¡Acaso. . .

—El infame

después de lidiar ardido
cayó á mis piés. Leonor, dame
un abrazo.

—¿Le has herido?

—Le he muerto.

—Déjame... Aparta...

Huye... Yo muero... ¡Cruel!

¿No era mi desdicha harta?

—Leonor, fué contigo infiel.

—Las fuerzas me faltan ya.

¡Cielos!

—¡Leonor!

—¡Inhumano!

¡Huye, que teñida está

con sangre suya tu mano!

Aparta... Por compasión

vete... No... Escucha... Al instante

traspásame el corazón,

que unirme quiero á mi amante.

—¡Leonor!

—¿Qué tardas? La vida

ya sin él me es enojosa...

Mátame, y á Poncio unida

nos cubra una misma losa.

—¡Leonor! ¡Hermana!

—¿Yo hermana

de su asesino?... ¡Ay!

—No fué

asesinado ¡inhumana!

que con honor le maté.

—Odio me inspiras... ¡Ay Dios!...

—¡Odiarme cuando la afrenta

he lavado de los dos!

—Yo muero...

—¡Infeliz!... ¡No alienta!

Casi exánime en el lecho
está Leonor, y á su lado

Mauricio su muerte llora,
que la consume por grados.
Ya la luz falta á sus ojos,
y el movimiento á sus labios,
que ya para siempre van
á cerrarse inanimados.
Haciendo el último esfuerzo,
señal de su fin infausto,
esclama con débil voz:—
¡Mauricio! ¡Querido hermano!
perdóname... ¡Adios!—Y espira,
en las suyas estrechando,
ya como la nieve frías
de Mauricio entrambas manos.

Y pocos meses después
de haber sepultura dado
al cadáver de Leonor,
contra los moros lidiando
murió en Navarra, cubierto
de gloria y famosos lauros,
Mauricio Ordoñez de Lara,
El INVENCIBLE nombrado.



EL HOMBRE PONE Y DIOS DISPONE.

(A la señora doña Petra Jeli de Andueza.)

Si por dicha, lector, no eres de aquellos
grandes afortunados babazorros,
que de instrucción, si no de pesos, horros,
y del saber creyéndose en la cumbre,
al talento escarnecen
con rústico y soez charlatanismo:
si del genio te placen los destellos:
si á los que escriben versos, por costumbre